

Errenteria en el corazón

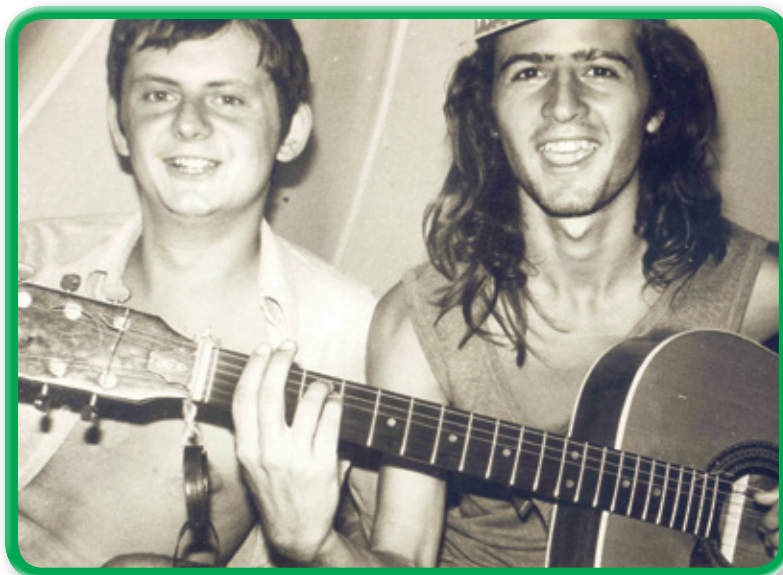
José Antonio del Val

En la plaza de la Puerta del Sol, allí donde los madrileños comienzan el año, en el suelo hay una placa que marca Kilómetro Cero. Mi kilómetro cero está 466 kilómetros más arriba, siempre que en geografía se pueda hablar de arriba y abajo. Se sitúa en el barrio de Alaberga, en Errenteria, de donde salí, allá por 1985, por motivos laborales. Me trajo hasta aquí una reconversión que acabó con las industrias que estaban en la renteriana península de Capuchinos, convertida ahora en parte de los terrenos del puerto de Pasaia. Con todo, y residiendo desde entonces en Madrid, mi kilómetro cero, el centro de mis caminos vitales sigue estando en mi –nuestra– Errenteria.

Después de media vida fuera de la villa debo decir que, en mi caso, los sentimientos hacia ella no han variado desde entonces, sigue siendo mi “pueblo” y eso no cambiará nunca. A pesar de que la distancia es considerable, no he perdido contacto con familiares y amigos. Sigo siendo, y lo seré para siempre, errenteriarra. Estoy enterado de todos los pormenores y noticias que surgen, tanto políticas como sociales o deportivas, por medio de la gente y la prensa. Y aún más, pienso que lo contrario sería tanto como desterrar la propia infancia y la juventud de la memoria.

Desde Madrid, las visitas a Errenteria se quedan siempre cortas, pero no me imagino el transcurrir del tiempo sin ellas. El regresar, aunque sólo sean unas horas, es muy de agradecer. El viaje se puede hacer pesado, da igual que sea en tren, coche o autobús, pero también es verdad que al llegar enseguida se te pasa el cansancio y te sientes como si no hubieran pasado los dos meses, más o menos, que tardo en volver, aunque sea de visita efímera. Incluso me atrevería a decir que tomar un gin-tonic o un pacharán en el pueblo sienta mejor. ¡Qué cosa!

Nuestra vida está hecha de los recuerdos que acumulamos. Mientras tengamos memoria nos



Cantando con Ángel Fernández de camping en Artabia.

resultan imposibles de olvidar las travesuras juveniles, como la de ir con los amigos de clase a coger “panotxas” a los caseríos cercanos y alcanzar el récord de bajada a la carrera entre San Marcos y Zamalbide al soltar un casero los perros detrás nuestro.

Es imposible olvidar todas las vivencias tenidas en el colegio Telleri-Alde. Las horas jugando al fútbol en el patio del colegio, pues vivía a dos minutos de camino, algún que otro “ogro” de maestro que siempre hay en todo colectivo y dejan recuerdos perdurables. Pero hasta eso es positivo. ¿Que sería sin ellos, cuando te juntas con antiguos compañeros y charlas sobre la etapa escolar?

También son memoria para los de mi generación las múltiples manifestaciones de los años “setenta”, las diversas escaramuzas con los grises, con un pelotazo de goma de recuerdo. Y una geografía que en gran medida no existe. ¿Cómo olvidar las partidas de cartas en los bares Mendiola y Alameda?, lugares desaparecidos a día de hoy. También quedan en el recuerdo el intento de crear una sociedad gastronómica entre amigos que no logró hacerse realidad, pues a esa edad no todos trabajábamos, ni teníamos liquidez. Fueron sueños que nos enseñaron a crecer.



Partida de mus en Artabia con Ángel Fernández, Iñaki Yerobi y Josean Aramburu.

Cómo olvidar las horas pasadas en las partidas de billar, futbolín o ping-pong en la bolera de la María, en la calle Andra Mari, al lado de la iglesia, o en la gran bolera de la subida al *Topo*, con la banda sonora del rock de los sesenta sonando en la máquina pinchadiscos. El recuerdo de los partidos del C.D. Touring, con la brillante etapa de Balbás, Julio y Ezquerria en la delantera. Y no digamos ya el famoso "tontódromo" cuando dábamos vueltas y más vueltas al circuito de calle Viteri-Plaza

de los Fueros, para ver si tenías suerte y veías a la chica que te gustaba, dando ellas el mismo paseo pero en sentido contrario. Ahora, en la época de los ordenadores y el chat, esto suena a prehistoria y tal vez a ciencia-ficción. Pero así fue.

Aquí en Madrid el discurrir del día no es tan distinto a los demás lugares. El trabajo ocupa gran parte del día y después suele ser habitual hacer vida en el barrio, pasear, tomar unas cañas, aunque claro que en ambos casos el espacio es mucho más amplio y con más alternativas, tanto gastronómicas como culturales (teatros, conciertos, etc.). En aquella Errenteria de mi juventud también mis sitios más frecuentados eran el barrio y sobre todo el centro, Alameda, calle Viteri y alrededores.

Una de las ventajas que tiene el vivir en mitad de la península es que hay muchos lugares relativamente cercanos para visitar en el día o en fin de semana, como me ha sucedido, cuando escribo estas líneas, recién vuelto de recorrer las tierras del Quijote. Aunque tampoco todo es jauja, uno de los inconvenientes es el tráfico y las largas distancias que hay que recorrer para llegar al lugar de trabajo. Al principio, recién llegado a Madrid, me llamaba la atención la gran cantidad de gente que iba leyendo en el Metro o autobús, pero



Foto de clase en Telleri-Ald. Curso 1965-66.



Foto de clase en Telleri-Alde. Curso 1966-67.



Foto de clase en Telleri-Alde. Curso 1968-69.

después te das cuenta de que puede llegar a ser mucho el tiempo que puedes aprovechar para leer, incluso varios libros al año.

Uno de mis recuerdos en los primeros años “madrileños” pasados es la época, recién instalado, en que los familiares y amigos venían de visita a casa. Procurabas hacer de guía turístico y eso mismo te servía para conocer sitios que sin ese motivo quizás no hubiera visto nunca. Así conocí el Parque de Atracciones, el Zoo y tantos lugares. Recuerdo también dos finales de Copa de la Real Sociedad, una contra el Barcelona en el Bernabéu, de no muy buen final, pues además de perder la cosa acabó con carreras de los “grises” incluidas. Recuerdo también que en mi casa, ese día, había gente durmiendo hasta en el pasillo. La otra final fue la de Zaragoza, contra el Atlético de Madrid, a la que unos cuantos guipuzcoanos fuimos en autobús desde Madrid. Por el camino todos nos saludaban creyendo que éramos del Atlético. Esa final tuvo mejor regreso, porque cuando se gana la cosa cambia.

Otro de los sitios que visitaba con frecuencia, sobre todo los primeros años, era la Casa Vasca o Euskal-Etxea. Allí quedábamos muchos viernes y sábados gente, mitad madrileños mitad euskaldunes, para potear y después cenar por la zona de Huertas. Incluso se llegó a formar un grupo de baile vasco, con bastantes actuaciones por la zona. Recuerdo que en una ocasión, aunque yo no formaba parte de él, les acompañé como fotógrafo a

una actuación en la antigua cárcel de mujeres de Yserías. Fue una experiencia de ésas que te dejan huella.

Una de las cosas que desde Madrid se echa de menos son nuestras Magdalenas, con la tamborrada de Alaberga, en la que empecé a participar tomando el relevo de mi padre. También los caldereros o cualquier otro de los muchos actos culturales y festivos que hay los fines de semana en nuestra Errenteria. Debemos reconocer, y yo lo hago desde la distancia de Madrid, y la cercanía del corazón, que somos ricos en eventos. Echo en falta, también, el día de San Sebastián, aunque aquí lo celebramos con nuestra buena cena y redobles. La gran ciudad engulle las fiestas, y festejos como Carnavales o San Isidro pasan casi desapercibidos para gran parte de los habitantes, salvo que residas en el centro o participes en ellos. Sin embargo también existen otras como la fiesta del orgullo gay o algunas celebraciones deportivas que reúnen a muchos miles de personas.

Tengo a Errenteria en mis rutas de la memoria, en las del corazón, y también en las de la cercanía. Decía un sabio que en esta vida no deberíamos tener problemas para vivir en ningún sitio, a condición de que nunca olvidemos dónde vives y tampoco de dónde vienes. En fin, que seguiremos haciendo gustosamente un poco “patria” porque como se suele decir a pesar de vivir lejos nunca hay que perder el “norte” en la vida.

